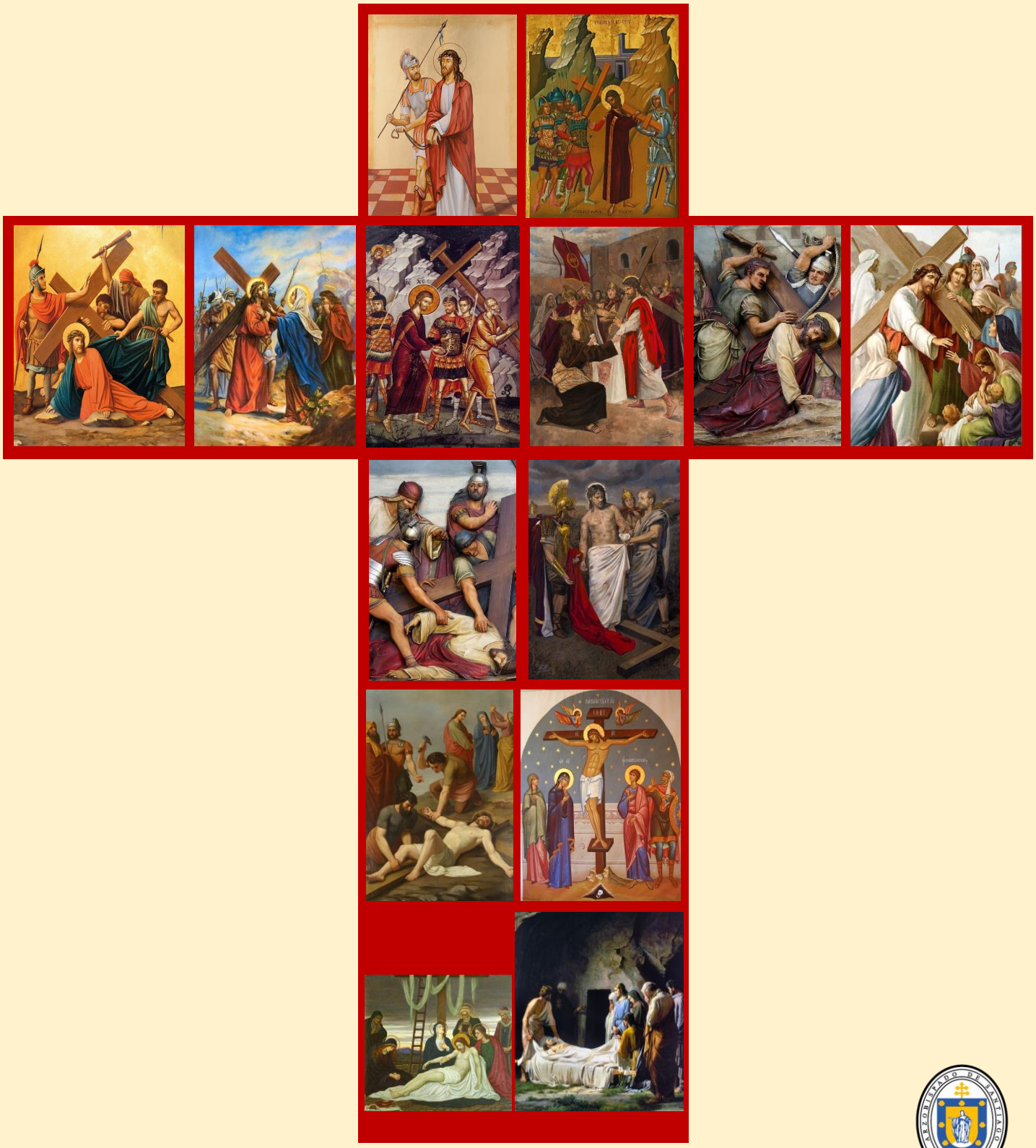
Vía Crucis

Un camino para recorrer junto a Jesús



Arzobispado de Santiago
Delegación para la Pastoral Familiar

También hoy...en el rostro de Cristo
resplandece el rostro de Dios.

En su pasión se leen los sufrimientos de la humanidad.

En los rostros atormentados de hombres y mujeres de nuestro tiempo

se distingue el rostro de Cristo acusado, escarnecido, crucificado.

Pero su victoria pascual,

su triunfo sobre el mal y

sobre la muerte es

esperanza para toda la humanidad,
promesa y

anticipación de una vida nueva.

Texto introductorio: www.vatican.va/news_services/liturgy/2002/documents/ns_lit_doc_20020329_via-crucis_sp.html

Texto del Vía Crucis: Diácono Ronal Salvo Olave

2021

Iª Estación: Jesús es condenado

G.- *Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos*
R.- *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo*

Jesús se ve enfrentado a un juicio injusto y no encuentra a nadie capaz de vencer el miedo o el temor al ridículo, para salir en su defensa. El mismo juez, Pilato, da testimonio público de no hallar culpa en el acusado, pero está temeroso de perder su estatus si no es amigo del gobernante de turno, del César. Basta que le mencionen dicha posibilidad para que el testimonio, recién dado frente al pueblo, caiga en el vacío y tome la determinación de ponerlo en manos de los verdugos, a sabiendas que le quitarán la vida.

Todo ha sido una parodia de mentiras, vergüenzas, traiciones, envidias, venganza y de una falsedad tal que, incluso, quienes habían sido beneficiados por la presencia cercana de Jesús, por su Palabra mostrando caminos de vida, por sus milagros y prodigios para socorrer a aquellos que sufrían por una causa cualquiera, tampoco acuden en su defensa, se callan y con su silencio culpable aprueban las consignas de muerte de sus detractores. Aún más, el apóstol que había dejado como cabeza de su Iglesia, le niega por temor a perder la vida.

Hoy, nosotros, en innumerables ocasiones, en que tenemos la oportunidad de defender la verdad, la vida, la Iglesia, incluso, el mismo nombre del Señor, callamos ante la mentira, la falsedad, la acusación injusta, el menosprecio de Dios, todo por no complicarnos la vida, por mantener nuestra posición o la relación con aquellos acusadores de hoy que actúan motivados por las mismas bajezas de aquellos que enfrentaron al Señor. Somos los Pilatos, los Judas, los Pedros, la muchedumbre de nuestro tiempo que callan, traicionan, niegan y repiten las consignas que, otros que tienen tribuna, nos incitan a repetir.

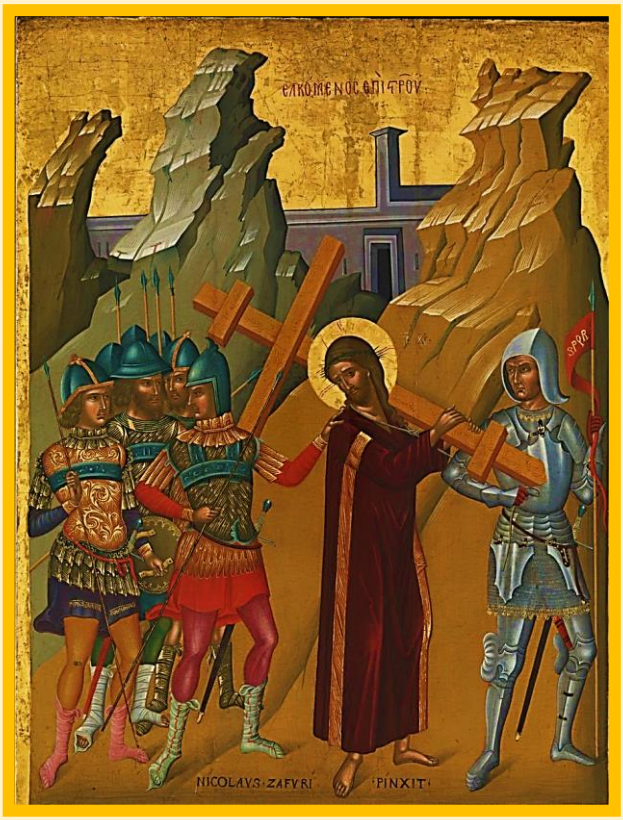
Jesús recibe hoy, como antaño, el desprecio y el olvido de aquellos a quienes ha llamado, servido y que ama, hasta el extremo de enfrentar la muerte, motivado por ese amor.

Hagamos nuestra la defensa del Señor y seamos sus baluartes donde quiera que la vida nos permita estar presentes, no porque Él necesite de nuestros argumentos, sino porque el amor que nos demuestra día a día, debe ser el acicate para defender la causa de su Reino, en un mundo que quiere ignorarlo, pero que, inconscientemente, lo necesita.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

IIª Estación: Jesús cargado con la cruz

G.- ***Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos***
R.- ***Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo***



Sobre los hombros heridos del Señor sus verdugos ponen el pesado madero de la cruz y lo obligan a caminar en dirección al Calvario, lugar donde ajusticiaban a los malhechores y bandidos. La muchedumbre se agolpa a su alrededor y presiona por ver de cerca al condenado. Nadie le tiende una mano, sólo la rudeza del látigo de sus verdugos toca su carne, desgarrándola, minando cada vez más sus desgastadas fuerzas debido al castigo sufrido la noche anterior.

Es el cordero inocente que camina hacia el cadalso entre las risas y las críticas de sus detractores, la curiosidad de otros tantos y el llanto silencioso de aquellos que no están de acuerdo, que reconocen que allí se está llevando a cabo la más vil de las injusticias, pero no tienen las agallas suficientes, para oponerse a quienes ostentan el poder; callan y acompañan en silencio al martirizado.

¿Cómo habrá querido, en esos momentos el Señor, que alguna voz se alzara, para dar testimonio de la verdad vivida, en las distintas jornadas que Él pasó entre los hombres haciendo el bien? ¿Cómo habrá querido sentir cerca suyo a los que amaba y que había llamado sus amigos, alimentándolos con su propio cuerpo en la cena de despedida? Pero, no estaban y si lo hacían, iban mezclados en medio de la muchedumbre, callados y silenciosos.

Hoy no nos faltan las ocasiones y las oportunidades para hablar y dar testimonio, pero con dolor nos damos cuenta que somos similares a quienes le acompañaban en el camino al Calvario. Actuamos motivados por diversos factores, incapaces de justificar nuestro silencio y, al hacerlo, estamos dejando de responder al llamado de amor que el Señor nos hace, a cada uno, en el día de hoy. ¿Quién defiende la vida? ¿Quién saca la cara por el matrimonio, la familia? ¿Quién defiende la visión de la mujer, tan venida a menos por la explotación hedonista que se hace de su cuerpo y su belleza? ¿Quién respalda al desamparado, al olvidado de la sociedad, al que ve en peligro su desarrollo? Y en cada una de estas circunstancias es Cristo quien camina con la pesada cruz de nuestras propias culpas, sin encontrar respuesta al amor que ha depositado en nosotros.

Hagamos nuestra la causa de Cristo. Salgamos al encuentro de aquellos que atentan contra el Señor en las diversas circunstancias de la vida. Demos testimonio de la verdad y que nuestras palabras remuevan las conciencias de tantos que hoy sólo se conforman con ser parte del coro que acompaña a quienes ofenden a Dios y se oponen a sus designios.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

IIIª Estación: Jesús cae por primera vez

G.- ***Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos***
R.- ***Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo***

El peso del madero, lo escabroso del camino, el duro tormento recibido, la violencia y crueldad de sus verdugos, han minado la resistencia física del Señor, quien se dobla bajo el peso de la cruz, hasta que sus rodillas laceradas dan contra el duro suelo.

Risas, latigazos, improperios, es todo cuanto el Señor recibe, para hacer el esfuerzo de levantarse y seguir adelante.

Pero no hay queja en los labios de Jesús. En el silencio de su corazón está consciente que está asumiendo, en su persona, toda la miseria humana, incluso la de sus propios verdugos y que este, su dolor, es el paso obligado que ha de dar la naturaleza humana, herida por el pecado, para mostrar su disponibilidad a acatar la voluntad de Dios, su Creador.

Toda la soberbia humana se derrumba ante la humildad de aquel que acoge en su propia carne y que no sabe de pecado, la desgracia de un mundo que se pone de espaldas a Dios, negándolo, ofendiéndolo y actuando en contra de su santa voluntad.

Al ver esta imagen de Jesús caído por el peso de la iniquidad del hombre debemos tener presente que también nosotros aportamos a que el madero sea más pesado, cada vez que somos incapaces de ver y oír a Dios a través de los signos de los tiempos y cada vez que, soberbiamente, optamos por nuestro propio camino de materialismo hedonismo, vicios y todo cuanto se opone a los designios del Señor, a su legado de amor, de entrega.

Mirando a Jesús caído, por el peso de nuestras culpas, hagamos un propósito sincero de enmendar nuestros caminos que nos conducen al desorden y esforcémonos por asumir aquellos que nos llevan al orden por Dios querido, aun cuando para ello debamos asumir, sobre nuestros hombros, el peso de las propias culpas y las de aquellos que nos han sido confiados, por gracia de Dios.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

IVª Estación: Jesús encuentra a su Madre

G.- ***Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos***
R.- ***Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo***

Jesús camina llevando su pesada cruz, en medio de una muchedumbre curiosa y ávida de espectáculo, rodeado por los crueles guardias que impiden el que alguien se le acerque.

De pronto su mirada, empañada por el sudor y la sangre que brota de las heridas de su frente, se topa con esos ojos tan queridos, tantas veces contemplados en la intimidad del hogar, tan cercanos a su corazón de hijo. Son los ojos de la madre que, imposibilitada de acercarse a su Hijo Amado, vuelca en su mirada toda la ternura de ese amor materno que quiere cobijar y proteger al hijo de sus entrañas, de aquellos que le torturan y le maltratan.

No puede. La crueldad del hombre se lo impide.

Jesús la mira, como queriendo paliar con su amor el dolor que traspasa su alma de Madre. ¡Cómo quisiera que esos brazos, esas manos amadas, le cobijaran, le acariciaran en esos instantes de dolor! Mas ello no es posible y sólo puede recibir el consuelo de su mirada plena de amor.

Al contemplar esta escena viene a nosotros el sufrimiento de tantas madres que ven a sus hijos ser víctimas de la crueldad y maldad del hombre que les ha inducido al vicio, las drogas, a través de falsas amistades, sin que puedan acercarse a ellos para librarles de esas situaciones.

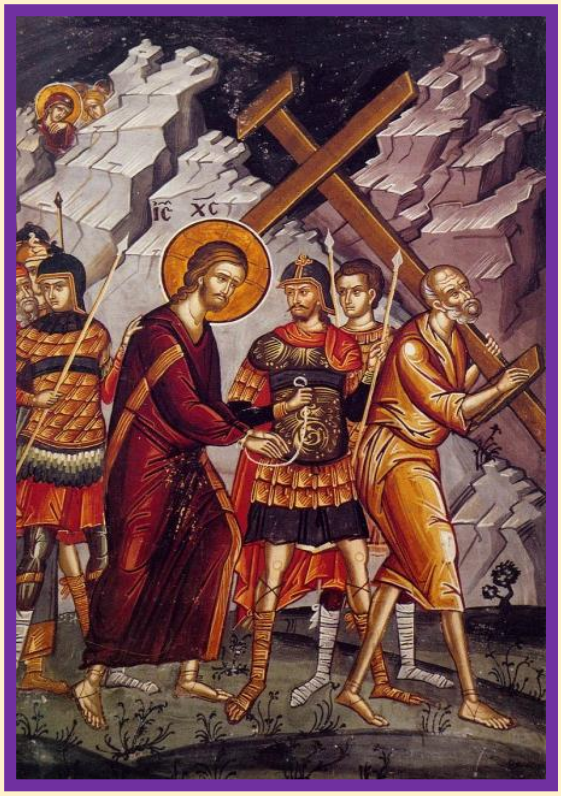
Y el sufrimiento de tantos hijos que, por distintas circunstancias, se ven privados del amor materno, desamparados, desprotegidos, abandonados.

Todo ese dolor yace en la pesada cruz que, en el día de hoy, cargan los hombros de Cristo. Hagamos nuestro este dolor. Y en nuestras propias familias mirándonos íntimamente, valoremos el don hermoso de la maternidad y el regalo inmenso de la filialidad, para que la cruz de Cristo no tenga que soportar también el peso de nuestras indiferencias, desprecios, despreocupaciones y desamores, tanto con la madre, como para con los hijos.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

Vª Estación Jesús ayudado por el Cireneo

G.- *Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos*
R.- *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo*



El Señor camina doblado por el peso del madero. Cada paso es un esfuerzo muy grande y la marcha se hace cada vez más lenta. Los verdugos están preocupados de que el condenado se les muera en el camino y obligan a uno de la muchedumbre, Simón de Cirene, para que ayude al que va a ser ajusticiado, llevando el pesado madero.

No es la piedad lo que impulsa a los guardias a actuar de esta manera, no es consideración con la víctima que va al cadalso, sólo les importa que llegue vivo al Calvario, para completar el espectáculo que representará al ser clavado y alzado en la cruz.

Sus almas están endurecidas, sus ojos ciegos, sus oídos sordos, sólo importa dar a la gente lo que han pedido. ¡Crucifícalo!

Al traer al presente esta situación nos encontramos con tantos que lucran con la desgracia ajena simulando una ayuda y una misericordia que no son tales, pues lo que buscan es explotar la situación, para beneficio particular. Unas veces es el interés económico, otras el ansia indisimulada de imponer una ideología, otras el buscar una posición de privilegio o para quedar bien con el que ostenta el poder.

Si en la cruz que soporta cada hombre está reflejada la cruz de Cristo, tengamos gestos como el de Simón de Cirene, pero no por ser obligados, sino porque el mandato de amor recibido del que dio su sangre por cada uno de nosotros, así lo requiere. "Nadie ama más que aquel que es capaz de dar la vida por sus amigos", nos decía y nos lo repite el Señor.

Entonces, impulsados por el anhelo de ayudar al Señor, vayamos al encuentro del dolor de aquel que sufre en los hospitales, los asilos, las cárceles, en la miseria, los vicios, las incomprensiones, las injusticias, las opresiones, la violencia intrafamiliar; con un corazón abierto y misericordioso, en la seguridad que, en cada una de esas cruces, Cristo está presente, soportando, junto al amado, ese peso que hace suyo. Así estaremos ayudado al Señor que camina hoy por el mundo, como lo hiciera hace 2000 años, para liberarnos del pecado y abrirnos a la vida nueva, la vida de los hijos de Dios.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

VIª Estación: Jesús se encuentra con la Verónica

G.- ***Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos***
R.- ***Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo***

Jesús avanza dificultosamente. El velo de sudor y sangre que cubre su rostro le impide ver con claridad el terreno que pisa y va tropezando una y otra vez. De pronto, entre la muchedumbre hacinada en los costados del camino, surge una mujer que, conmovida por lo que ve y haciéndose cargo del dolor de la víctima, deja de lado los prejuicios, el temor, las consecuencias de su acción y se lanza, por entre los guardias, al encuentro del condenado. Y, en un gesto de piedad y ternura, le limpia el rostro sudoroso y ensangrentado.

Ella es una mujer corriente, sencilla, como tantas mujeres de nuestro tiempo, que se hace capaz de hacer lo que ningún varón, hasta ese momento, había hecho, dar la cara públicamente para, servir al Señor, para compartir con Él, aunque sólo sea por un instante, el camino de su pasión. Si consideramos el estatus que tenía la mujer en esos años cobra mayor relevancia aun el gesto de esta mujer valerosa y abnegada que no esconde su cara.

El Señor, conocedor del alma humana, capta en su real dimensión la disposición del corazón de la Verónica y, movido por su divino amor que no deja sin recompensa el más mínimo acto de generosidad, acoge y retribuye su ayuda estampando su rostro en el género que había empleado para limpiarle la cara.

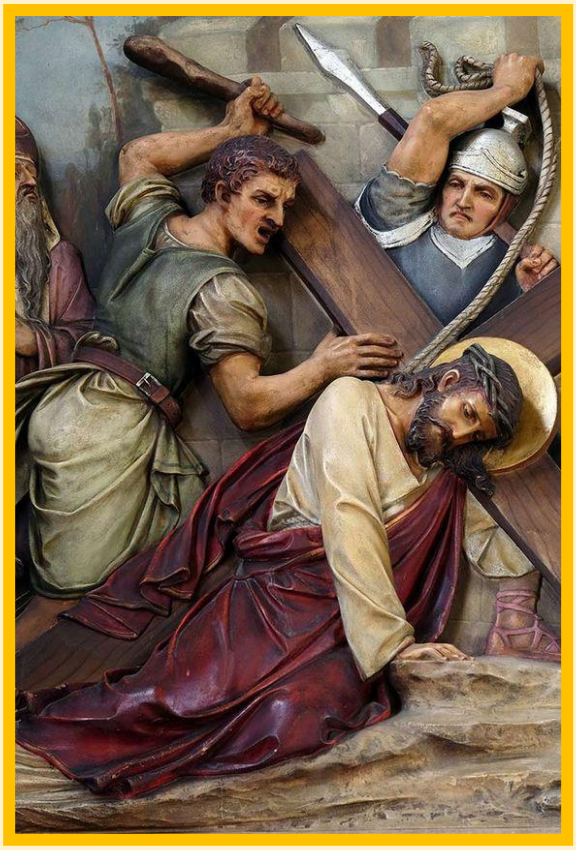
En el día de hoy Jesús camina en el mundo llevando la pesada carga de tantos que sufren sin encontrar sentido a su sufrimiento.

En el rostro de cada uno de ellos está el rostro de Cristo, velado por el sudor y la sangre, y espera de nosotros que tengamos el valor de ir a su encuentro venciendo los resguardos que hemos puesto en nuestra propia vida, para no contaminarnos con el resto; venciendo las críticas, los malos entendidos y el qué dirán; y podremos estar ciertos de que nuestro gesto no quedará sin recompensa y el propio rostro de Cristo se grabará en nosotros, para que podamos ayudar a aquellos que están desorientados, mostrando a todos que el Señor los ama y quiere servirles hoy a través de nuestra humilde y fraterna caridad.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

VIIª Estación: Jesús cae por segunda vez

G.- *Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos*
R.- *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo*



Muchas horas han pasado desde que Jesús fue arrestado en el Monte de Los Olivos, enjuiciado, condenado, azotado, coronado de espinas, martirizado. El camino hacia el Calvario ha sido extremadamente duro y agotador.

Por una parte, está el dolor físico que agobia, pero por otra está el lacerante dolor de la indiferencia de aquellos a quienes el Maestro ha predicado y servido a través de sus milagros. ¿Cuántos corrieron tras los pasos del Señor cuando los alimentó multiplicando pan y peces?, ¿Cuántos se maravillaron cuando fueron testigos de la resurrección de Lázaro y de tantos milagros realizados para liberar a los hombres de las ataduras del dolor? Y ahora, sólo hay curiosidad, indiferencia, tristeza, en los menos, y la mayor parte es una muchedumbre ávida de espectáculo. No hay piedad, no hay conmiseración, sí, mucho odio y deseo de venganza, con una dosis de envidia que corroe el alma de sus acusadores.

Jesús cae. Sus rodillas se doblan bajo el peso de tanta miseria humana, pero no hay reproche, ni queja en sus labios. Estos sólo se mueven para repetir frente a su Padre, una y otra vez*: "Hágase tu voluntad".*

Al cabo de dos mil años aquel que nos dijo: "El que quiera seguirme tome su cruz y venga tras mis pasos", camina entre nosotros soportando la cruz de nuestras indiferencias, odios, venganzas, envidias y tantos desamores con los que pagamos a aquellos que nos dieron el ser o nos han ayudado y servido a lo largo de nuestra existencia.

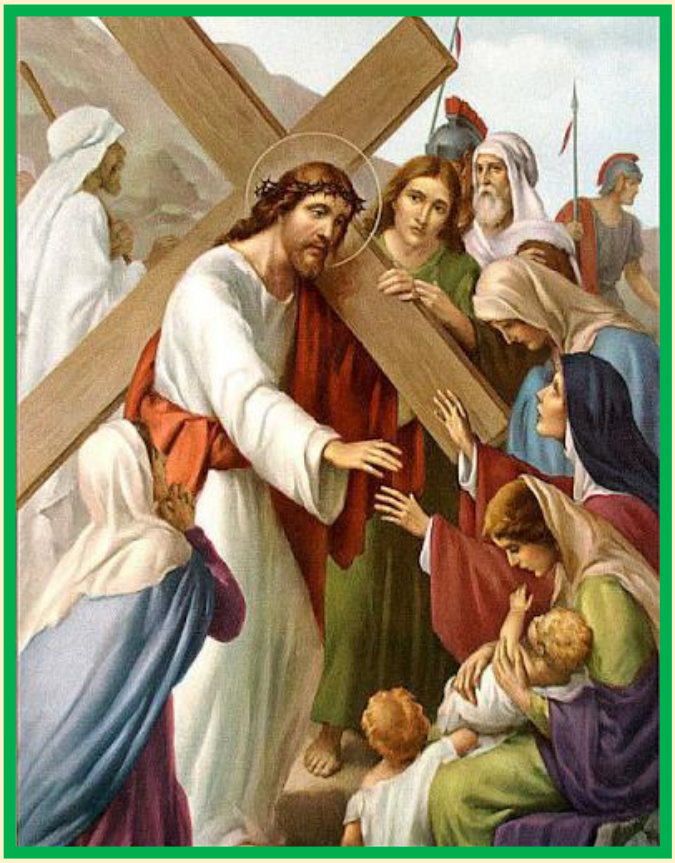
Jesús sabe que ello es producto de la debilidad de nuestra naturaleza y con sus rodillas en el suelo nos llama pidiendo nuestra colaboración, nuestra ayuda para ponerse de pie y seguir la marcha, soportando los nuevos pesos que se van agregando a su pesada cruz.

¿Cómo ayudarle?, ¿Cómo hacernos solidarios con su dolor? Lo primero será cambiar de actitud. De un corazón endurecido e indiferente pasemos a un corazón noble y sencillo, abierto a cuantos sufren. Así estaremos restando peso a la cruz que carga el Señor y compartiremos con Él, el camino, cargando nuestro propio madero, tal como nos lo ha solicitado.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén

VIIIª Estación: Jesús se encuentra con las mujeres llorosas

G.- *Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos*
R.- *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo*



El día está triste, la naturaleza se conmueve con la suerte de su Señor, no así el hombre que ve como un acto de justicia la peor de las ignominias.

Pero, un grupo de mujeres, conmovidas por la crueldad del castigo, lloran y se desesperan a la vera del camino. Nada puede hacerse, excepto, lamentarse por lo que consideran una injusticia.

Los ojos del Señor se topan con aquel grupo de mujeres acongojadas y al pasar frente a ellas se detiene para decirles: *"No lloren por mí, lloren más bien por sus hijos y por ustedes"*. No es que el Señor rechace sus muestras de amor solidario. Es la nobleza de su alma que, hasta en los momentos más críticos de su existencia terrena, le lleva a estar preocupado del dolor de los demás. El sabe que sus hijos están desorientados, desamparados, que son víctimas fáciles de las tentaciones imperantes, frente a las cuales están indefensos. Quizás, en ese mismo momento, más de alguno estará gritando ¡Crucifíquenlo! Azuzado por aquellos que mueven las masas, para lograr concretar sus propios intereses.

Él, olvidándose de sus propios dolores, consuela a las dolientes y les pide que vuelvan sus ojos a sus propios hijos y a la consecuencia que tendrán los actos de sus vidas, pues sabe que, como madres, sufrirán lo indecible cuando se percaten que la sangre de su sangre va por caminos errados, sin que ellas puedan volverlos al correcto sendero.

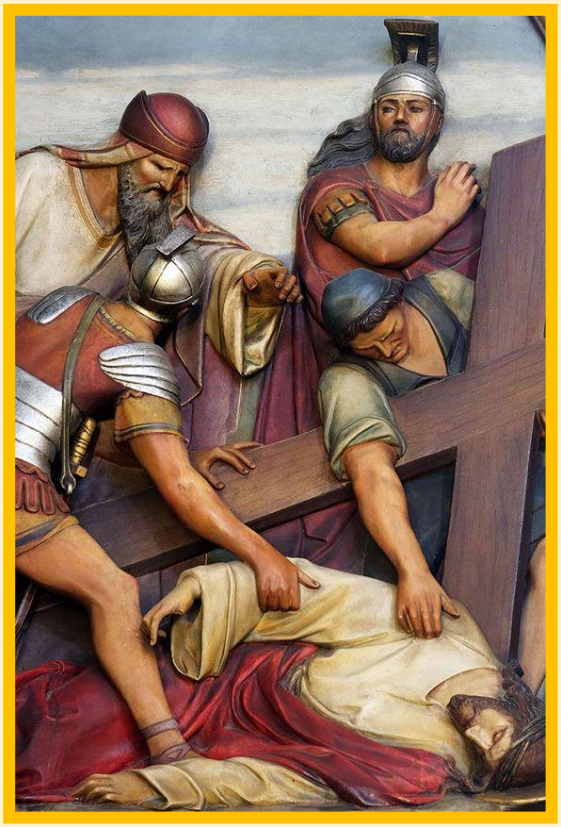
Hoy en día hay situaciones de rasgos similares. Hay muchos que por servir al Señor o justificados al menos en ello, van dejando de lado la propia familia y llegará el día de los lamentos en que dirán: ¿Por qué a mí, si siempre me he esforzado por servir al Señor? ¿Cómo puede ocurrirme esto con mis hijos? Por la simple razón que no escucharon al Señor en el momento oportuno y escucharon sólo la voz de sus propios sentimientos.

No debemos olvidar que sí, bien es cierto, la Iglesia necesita muchas fuerzas, para llegar a todos los rincones y cumplir su misión evangelizadora, no es menos cierto que ello no podrá ser nunca a costa de la familia que es la prioridad de los padres, pues sirviendo a los hijos, de manera integral, estaremos sirviendo al Señor en la vida que comienza.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

IXª Estación: Jesús cae por tercera vez

G.- ***Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos***
R.- ***Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo***



Ya se acercan al patíbulo del Calvario. Las fuerzas de Jesús han sido minadas por el castigo, el trato inhumano y lo escabroso del camino. El Señor tropieza y cae con todo su cuerpo golpeando la tierra, incluso, su rostro toca el suelo. Su cabeza golpea contra las piedras del camino haciendo que las espinas que la coronan rasguen la carne de sus sienes. La gente se agolpa en los alrededores del monte para no perder detalle de lo que vendrá a continuación.

El Señor ha llegado a los pies del Calvario. Ha bebido gota a gota el cáliz del dolor. Su cuerpo ha sido flagelado, golpeado, escupido, abofeteado y su alma ha sufrido el desprecio, el olvido, el odio, la venganza y la burla constante de quienes le han entregado. Pero aún no ha terminado su sufrimiento e intenta levantarse sin lograrlo. Tampoco aquí se ve una mano solidaria que le ayude en este trance y sólo encuentra a los soldados que lo alzan y lo llevan a empellones hasta el lugar en el que será ajusticiado.

Cuantos hay entre nosotros que impactados ante el momento trascendente de la muerte nos revelamos, no queremos saber de ella, ni siquiera queremos tocar el tema. Muchos hay que buscan caminos más drásticos como el suicidio o la eutanasia, para no seguir soportando el peso de la propia cruz. Cuanta serenidad nos falta para mirar al Señor en esos momentos y descubrir en su comportamiento, como ha de ser el nuestro. Cuanto debe cambiar nuestra actitud frente a aquellos que van con su cruz al encuentro del Señor y necesitan una ayuda para levantarse y avanzar el último tramo de su camino.

En lugar de ocultarles la verdad les haríamos un bien al ayudarles a soportar el peso de su madero, hasta consumir la última gota de su cáliz.

Pidamos al Señor que nuestras palabras de consuelo o condolencias sirvan de bálsamo suave para quienes las reciban y sean un faro de esperanza, para aquellos que la vida aún retiene y retendrá en este mundo a la espera del llamado del Señor.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

Xª Estación: Jesús despojado de sus vestiduras

G.- ***Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos***
R.- ***Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo***

Ha concluido el camino hasta el Calvario. Mientras unos preparan los implementos del suplicio, otros se encargan de quitar las ropas al condenado.

¡Cuánta vejación! ¡Cuánta vergüenza!, debe soportar el Señor al ser exhibido desnudo frente a la muchedumbre. Nada le han respetado, ningún tipo de consideración se ha tenido con aquel que no ha hecho jamás un mal y que todos saben ha sido condenado gracias a un cúmulo de mentiras, falsos testimonios, odios y envidias. Hay algunos que, quizás, esperan un gesto de poder de aquel que dominó al demonio, la naturaleza, la muerte. Pero, nada. Jesús calla y sus ojos no ven más que a una pobre gente ignorante que actúa masificada sin comprender la envergadura de su pecado. En Él no hay resentimiento, sólo paz y ruega al Padre por aquellos que hacen mofa de su desnudez.

En nuestros días Jesús vuelve a recibir esta vejación, particularmente en los niños a quienes se les destroza el pudor, para que no sean pacatos el día de mañana. En la vida íntima de familia que, en un afán de modernismo exagerado, se pretende romper sus marcos de privacidad exponiéndola a la luz pública, incluso, para hacerla aparecer como arte. En la utilización del cuerpo, para captar el marketing y promover la venta de productos. En la explotación del cuerpo de la mujer, para incitar al placer y a liberar el instinto de las restricciones que pueda introducir la razón.

En cada una de estas situaciones y en tantas otras en que lo íntimo y privado se hace público, siguiendo la corriente de moda; Jesús es vejado en su cuerpo, pues cada uno de nosotros es templo de Dios vivo, tabernáculo del Altísimo creado a imagen y semejanza de Él.

Ante la desnudez de Cristo hagamos un propósito: Cuidar el pudor de nuestros niños, la intimidad del matrimonio, la dignidad de la mujer y la vida íntima de nuestras familias, teniendo presentes las duras palabras del Maestro: "Hay de aquellos que induzcan al escándalo, más les valiera que les pusieran al cuello una rueda de molino y los arrojaran al fondo del mar".

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

XIª Estación: Jesús clavado en la cruz

G.- ***Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos***
R.- ***Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo***

Ha llegado el momento del suplicio final. La muchedumbre calla, sólo se oye el ruido del metal de los clavos que los verdugos acercan al madero.

Los brazos del Señor, esos brazos que se extendieron para acoger, abrazar, para socorrer al desvalido y ayudarle a ponerse en pie, ahora son abiertos y amarrados al madero sobre el que reposa su espalda.

Los verdugos cogen un clavo y lo apoyan en una de sus manos, luego con un fuerte golpe de martillo hacen que éste perfore esa mano que sólo sabía de bendiciones y caricias. Luego el rito continúa con la otra y así sus brazos extendidos se hacen uno con el madero.

Nos impresiona el dolor físico del tormento, pero nos olvidamos que el dolor del Maestro debe haber sido mucho mayor, pues en el fondo de su ser amaba y estaba entregando la vida, también, por aquellos que le atormentaban en ese momento.

Pero el rito del Calvario aún no concluye, faltan los pies los que, al igual que las manos, son taladrados por agudos clavos. Y aquel que lavó y besó los pies de sus amigos no encuentra, en esta hora, a ninguno capaz de alzar su voz, siquiera para protestar.

Ya ha sido sujetado al madero de la cruz y ahora sólo resta alzarlo para las últimas mofas y ofensas que le lanzan aquellos que creían que con su muerte desaparecería esa voz que denunciaba sus mentiras y dureza de corazón, que puso en evidencia su falta de honradez.

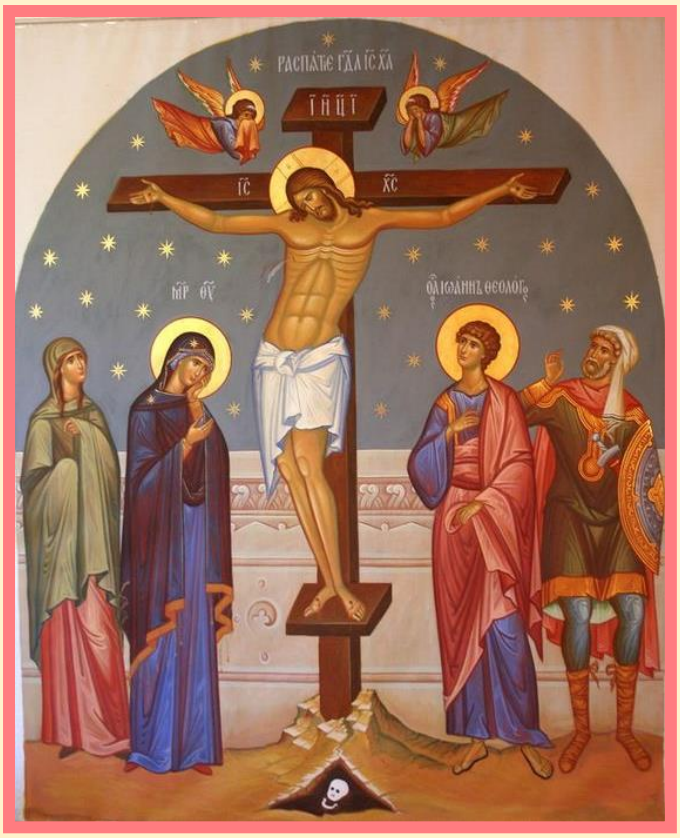
Mas, ¡qué grande era su error y su ignorancia! A través de los siglos y hasta nuestros días su voz sigue estando presente, aun cuando innumerables veces le sigan crucificando en sus seguidores. Incluso, aquellos que se dicen cristianos ¿cuántas veces crucifican al Señor en sus hermanos abusando de la crítica negativa y del comentario insidioso, el falso testimonio, la calumnia?

Todos los amantes de la verdad, que el Señor nos ha mostrado, han de tener presente que tarde o temprano el camino de la cruz se cruzará en su sendero, pues ya nos lo dijo el Señor: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

XIIª Jesús muere en la cruz

G.- Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos
R.- Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo



Largas horas han pasado y a aquel bendito cuerpo, que encarna al Verbo de Dios, se le escapa la vida por el sinnúmero de heridas con que ha sido lacerado. Pero aún ha conservado fuerzas para dejar su último legado.

Nos regala a su Madre y nos pide la acojamos como tal. Regala el Paraíso al ladrón al ver que en su alma hay disposición al arrepentimiento. Perdona a sus propios verdugos, argumentando frente a su Padre por ellos, que son ignorantes de la verdad. Clama por su sed, pero no de agua, sed de amor frente a tanta ignominia. Reclama a su Padre, no abandonar nuestra naturaleza pecadora por muy grande que sea nuestra vileza. Nos confirma que el precio de nuestra liberación ha sido cancelado y finalmente deposita su espíritu en el amor del Padre, mostrándonos hacia donde debemos aspirar cuando caminamos tras sus pasos. Nuestro destino es la casa del Padre. Sus postreras palabras son tesoro invaluable que marca la ruta a nuestra propia existencia.

El Señor ha muerto. Su cabeza cuelga entre sus hombros, ausente la vida física en su ser. Aquellos que esperan un prodigio ahora lo tienen. La naturaleza se rebela, el hombre se aterroriza y ante lo insignificante de su ser en medio del caos, termina por creer: "Este, verdaderamente es el Hijo de Dios".

¿Cuántos de nosotros, en nuestros días, estamos a la espera de un prodigio, para aceptar que Jesús es el Hijo de Dios, Nuestro Señor y nuestro Dios? Somos como esa muchedumbre que ha visto, ha experimentado, pero todo le parece poco y quiere ver más, sin importar el costo, hasta que llega al punto de no poder manejar aquello que experimenta, entonces dice: Sí, creo. Bienaventurados los que creen sin haber visto y se dejan conducir por el Señor aun cuando su camino sea tan duro como el de la cruz, en la seguridad que estando con Él, tenemos asegurado el Paraíso y estará saciada nuestra sed de amor.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

XIIIª Estación: Jesús bajado de la cruz

G.- ***Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos***
R.- ***Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo***

Su Madre, que hasta el momento de la muerte en la cruz sólo ha podido acompañarlo a la distancia, tiene ahora la oportunidad de recibirlo y cobijarlo en sus brazos, para brindarle las caricias que su corazón de Madre anhelaba entregarle, pero que le fue imposible llevar a cabo por impedimento del hombre.

¡Cuánta angustia acumulada! ¡Cuánta tensión por los momentos transcurridos y vividos intensamente! ¡Cuánto dolor al ver al Hijo de sus amores con la palidez de la muerte en su rostro y en todo su cuerpo! Ahora, todo ello, encuentra el cauce de salida en esas lágrimas con que baña el rostro ensangrentado y el cuerpo lacerado de su Hijo Amado, como queriendo lavar con ellas toda la crueldad del hombre allí graficada. Es un llanto sereno que nace de un corazón traspasado por el dolor, pero que conserva la entereza de aquellos que confían, contra todo riesgo, en que el Señor ha de mostrar el camino de la luz, el camino que conduce a la vida.

¡Qué ejemplo más reconfortante!, para todos cuantos caminamos por este valle de lágrimas, muchas veces, descorazonados, desesperanzados, sintiendo que todo lo nuestro, en particular el dolor, no tiene sentido y hay que hacer cualquier cosa para eludirlo, para evitarlo.

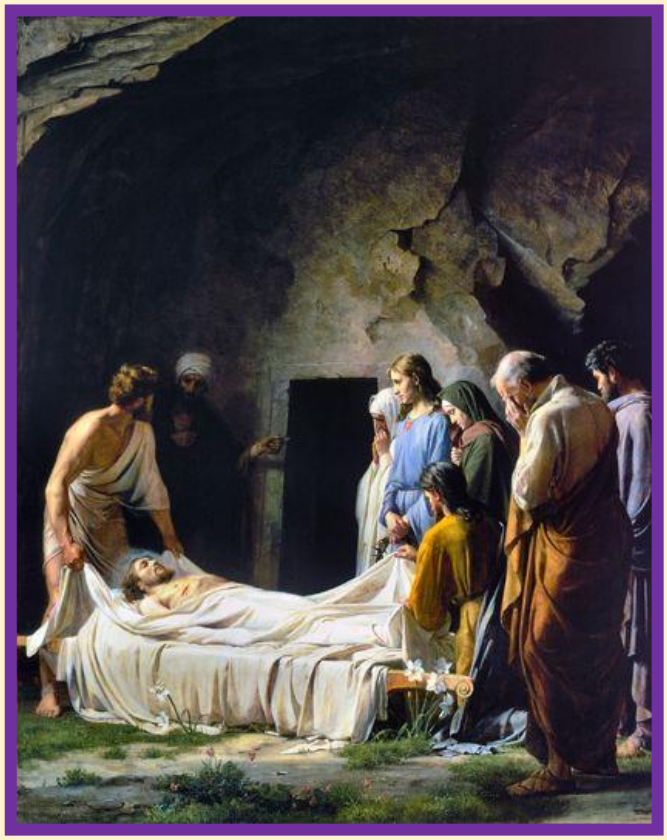
En el dolor de la Madre vemos el dolor de tantas madres de nuestro tiempo que sufren impotentes por causa de sus hijos sin encontrar la salida a su sufrimiento, porque no están cimentadas en la fe en un Dios que es Padre y que sabe despertar la vida, aun cuando lo que vemos sea sólo muerte.

El dolor nos recuerda nuestra pequeñez, lo limitado de nuestra naturaleza y nos abre al Dios infinito en quien podemos encontrar la fuerza para superarlo y aceptar que, a través de él, ese Padre Providente, ha de mostrarnos el camino de la vida. El dolor cristiano no es sin sentido, por el contrario, el que Dios permita lo suframos es una demostración clara de la libertad, de la opción que tiene el hombre de asumir su realidad de ser creado y abrirse confiadamente a acoger lo que entendemos es el querer de Dios, su Santa Voluntad, al presentarnos su plan de salvación.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

XIVª Estación: Jesús es sepultado

G.- ***Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos***
R.- ***Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo***



Aquellos hombres que siguieron al Señor, pero no dieron la cara en su momento, por temor a ser señalados y condenados, ahora tienen un gesto de nobleza con los despojos mortales del Maestro y su Madre Dolorosa. Ponen a su disposición parte de sus bienes, para darle digna y respetuosa sepultura. Ponen dinero y un sepulcro nuevo a disposición de la Madre y sus amigos más cercanos, a fin de cumplir con la ley moral de dar sepultura a los muertos y hacerlo antes de que su ordenanza religiosa decretase que no se podía, por el descanso obligado impuesto por su religión.

Tal como en nuestros días en que, cuando alg uien parte porque el Señor lo llamó, se levantan muchas voces para hablar maravillas de aquel que ha partido, pero que mientras vivía no hicieron pública su adhesión a él, por cuestiones circunstanciales de carácter humano y transitorio, alejadas de la verdad.

Mirando la escena del sepulcro corroboramos la importancia que tiene para los vivos el que el ser amado que ha partido, tenga un lugar de descanso digno al cual quedamos conectados. Pero, por otra parte, nos damos cuenta de la debilidad de nuestras convicciones que nos impiden, en el justo momento, hacer el reconocimiento de aquel que, estamos ciertos, es una persona de bien que debe ser respetada y tratada como corresponde. No es cuando el otro ha partido que debo recordar lo mucho que representaba par a mí, sino que es cuando está presente, cuando aún compartimos la vida, que debo manifestarme en concordancia con mis sentimientos, sin que el temor o el respeto humano me impidan ser veraz y objetivo frente a la verdad.

Si hoy podemos ver el rostro de Dios en el otro, actuemos consecuentemente y no esperemos que esté muerto para decir o expresar nuestra admiración y cuanto lo valoramos.

- ***Padrenuestro***
- ***G.- Bendita y alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Redentor, Jesús.***
  R.- Y los dolores de su Santísima Madre, Señora Nuestra. Amén.

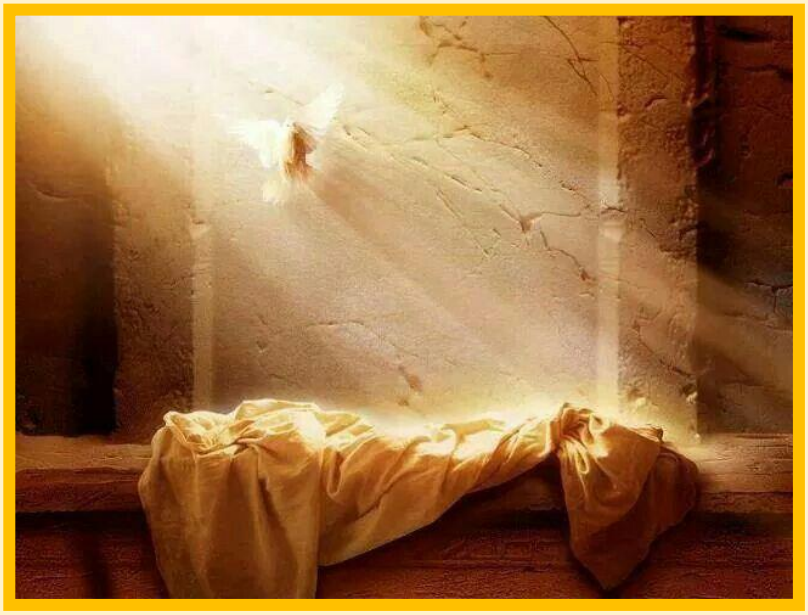
Oración final

¡Oh Señor! Que nos has permitido acompañarte, reflexionando los pasos de tu caminar, en tu entrega generosa por nuestra salvación; mira con bondad a estos hijos tuyos que desean asumir el desafío de tomar la propia cruz e ir tras tus pasos.

Tú nos conoces, sabes de nuestras limitaciones e infidelidades. Sabes que hoy prometemos seguirte en cada momento de nuestra vida y ante el primer inconveniente te traicionamos, te negamos y tratamos de sacar la cruz de nuestros hombros.

Danos la gracia de la perseverancia. Danos el valor para ser capaces de dar la cara frente a un mundo que se aleja de Ti. Danos la entereza para apoyar al que se sienta débil, al que no tiene voz, al que está abandonado, al despreciado, al que el mundo ha condenado injustamente, al que por no conocerte habla mal de Ti y te injuria, al que nos persigue y nos calumnia; porque estamos ciertos que cada ofensa a la dignidad del hombre, cada atropello a la vida, cada rebelión sin sentido, cada blasfemia o herejía son espinas, látigo, clavos y cruz que depositamos en tu corazón abierto por nuestros pecados.

Por los méritos de tu Pasión, Señor, danos la gracia de ser testigos de tu amor en el mundo y danos el don de la filialidad para acoger, como verdaderos hijos a la Madre que nos diste en la cruz. Amén.



Yo soy la resurrección y la vida.
El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá,
y todo el que esté vivo y crea en mí,
jamás morirá.

Jn 11,25 26